

El caudillo castellano se mostró afectuoso y agradecido con los nuevos aliados. Viéndoles deseosos de prestar sus servicios en las filas del ejército, les hizo saber que su resolución era no levantar el sitio hasta no haberse apoderado de la ciudad por arreglo de paz, ó por medio de las armas: les suplicó que aprestasen el mayor número de canoas y guerreros que les fuese posible, para que apoyasen por el agua sus operaciones, y acabó rogándoles que enviasen alguna gente al campamento para que construyesen las chozas que pudiesen, á fin de que los soldados pudieran guarecerse de las tremendas lluvias.

Los deseos manifestados por el general español fueron cumplidamente obsequiados por los nuevos aliados. Mas de tres mil canoas, con sus correspondientes guerreros, pusieron á disposición de Hernan Cortés; y en breve tiempo construyeron á uno y otro lado de la calzada con adobes y madera, que en ligeras piraguas condujeron de los edificios demolidos en la ciudad, una prolongada fila de chozas, perfectamente hechas (1). La anchura de la calzada en que estaba el fuerte de Xoloc, hoy garita de San Antonio Abad, era considerable, pues transitaba con holgura el ejército en el espacio que mediaba entre las dos hileras de barracas que orillaban ambos lados (2).

(1) «Y en el hacer de las casas sirvieron tambien, que de una parte y de la otra de las dos torres de la calzada donde yo estaba aposentado, hicieron tantas, que dende la primera casa hasta la postrera habia mas de tres ó cuatro tiros de ballesta.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y vea V. M. que tan ancha puede ser la calzada que va por lo mas hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas, y quedaba en medio hecha calle, que muy á placer, á pié y á caballo, ibamos y veníamos por ella.»—Tercera carta de Cortés.

Los soldados del campamento de Hernan Cortés se encontraron desde aquel momento á cubierto de la lluvia, en los cortos instantes de reposo que tenían por la noche. No participaron de igual fortuna los del campamento de Pedro de Alvarado y de Sandoval. Uno y otro carecian de buenas chozas, y la fatigada gente vivia casi sobre el lodo y el agua.

A las incomodidades propias de la estacion de las lluvias, se agregaba la falta de alimentos sólidos y nutritivos. Cierto es que en cada campamento habia un número suficiente de indias, cuya única ocupacion era hacer *tortillas* para las tropas castellanas; pero el maíz solo no es suficiente para mantener en vigor al hombre que ha combatido durante todo el dia y que permanece en vela la mayor parte de las horas de la noche. Aquellos soldados, que se veian precisados á luchar á cada instante contra numerosos y valientes escuadrones aztecas, no encontraban otro alimento que la referida tortilla, una yerba llamada *quelite* y *tunas*, esto es, higos chumbos, aunque ni aun esto les era fácil conseguir á todos (1).

Puede decirse que eran los que mas necesidad pasaban en la campaña, pues el ejército aliado acompañaba con demasiada frecuencia, por desgracia, al frugal alimento indicado, la carne de los muchos y desgraciados prisioneros que diariamente hacian en las continuas acciones que

(1) «Lo que nos daba la vida era unos quilites, que son unas yerbas que comen los indios, y cerezas de la tierra mientras las habia, y despues tunas.» (Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*). Y en otra parte dice el mismo soldado historiador: «Y cenar de las tortillas que nos traian de Tacuba, é yerbas y tunas, quien lo tenia.»

se daban. Cierto es que Hernan Cortés y su gente miraban esto con horror; pero las circunstancias críticas en que el general español se encontraba, le obligaban á no darse por entendido de lo que repugnaba su corazón (1). Unicamente podia aconsejarles y pedirles que proscribiesen de sus alimentos el de la carne humana; pero carecia de poder para exigirlo, pues como dice en su tercera carta al emperador, «solo contaba con novecientos españoles, y los aliados pasaban de ciento cincuenta mil (2)».

Con la alianza de las últimas ciudades situadas en las márgenes y las isletas del lago, la capital se encontró rodeada por todas partes de tenaces enemigos, que se habian propuesto no levantar sus reales hasta presenciar su ruina. Pero no decayó el ánimo del intrépido Guatemotzin ni de los valientes mejicanos, ante la tempestad que sobre ellos estallaba con violenta furia. Conquistadores hasta entonces de los demás señoríos del Anáhuac, no podian resolverse á ser conquistados. Entre la muerte

(1) Oviedo, en su *Historia de las Indias*, hablando sobre el horror que causaba á los españoles el ver á sus aliados alimentarse con carne humana, dice: «Ni podian ver los ojos de los christianos é católicos, mas espantable y aborrecida cosa, que ver en el real de los amigos confederados el continuo ejercicio de comer carne asada ó cocida de los indios enemigos, é aun de los que mataban en las canoas ó se ahogaban, é despues el agua les echaba en la superficie de la laguna, ó en la costa, no los dejaban de pescar, é aposentar en sus vientres.»

Hernan Cortés, en su tercera carta á Carlos V, dice: «Y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron hechos piezas para comer.»

(2) «Porque nosotros éramos obra de novecientos españoles, y ellos mas de ciento y cincuenta mil hombres, y ningun recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar.»—Tercera carta de Cortés.

ó la pérdida de su independenciam, habian optado, sin titubear, por lo primero.

Si Hernan Cortés habia tomado la determinacion irrefragable de no levantar el sitio, resuelto á morir en él ó rendir la ciudad, el jóven Guatemotzin, no con menos inquebrantable propósito, habia tomado la heróica resolucion de vencer á sus enemigos, ó de perecer entre los escombros y ruinas de la capital azteca.

El caudillo español y el emperador mejicano eran dignos el uno del otro.

La historia presenta pocos hombres como el primero, y no es mas abundante en designar héroes que rivalicen en patriotismo y noble constancia con el segundo.

Los acontecimientos del memorable sitio de Méjico forman la epopeya en que se destacan esas dos admirables figuras, modelos de valor y de constancia.

Sigamos refiriendo esos acontecimientos que ilustran la memoria del caudillo español y del distinguido monarca mejicano.